

### Antonin Artaud y su obra<sup>(1)</sup>

**L**A aparición del primer tomo de las obras completas de Antonin Artaud es tal vez el único acontecimiento importante de esta opaca temporada literaria. Al cabo de ocho años de la muerte del escritor se reúnen los textos inhallables de este hombre que se situaba a sí mismo más acá de la literatura, de este espíritu extravagante, que el genio y la locura se disputaban. Durante muchos años (Antonin Artaud había nacido en 1896 y sus primeros

escritos son de 1923) su nombre bordeó las orillas de la befa y el escándalo, sin que se llegara a saber a ciencia cierta si estábamos ante un inspirado o ante un demente. Disfrutaba de esa gloria soterrada y silenciosa que mantienen algunos admiradores, pasándose (del mismo modo que se protege la llama de una vela) textos escritos a máquina o

<sup>1</sup> Antonin Artaud, *Oeuvres complètes*, Tome I. Ed. Gallimard, París, 1956.

páginas arrancadas a las hojas de una revista. Antonin Artaud está por fin en la calle, a la luz del día. Ahora podremos saber, finalmente, si es el vidente extraordinario anunciado por algunos, si es el hermano miserable y glorioso de Rimbaud, de Lautréamont y de su contemporáneo Henri Michaux.

A este primer tomo de sus *Oeuvres* (que, como puede imaginarse, nos ha inspirado un interés apasionado) sólo habremos de reprocharle el no incluir referencias. Los textos se publican sin ninguna indicación cronológica o bibliográfica, y no se ha considerado necesario añadir una biografía sucinta del escritor. Sin estos puntos de apoyo, el lector está en peligro de perder pie, pues los escritos son muy disímiles. No hubiera estado de más el recordar los episodios de ese martirio sin tregua y sin gracia que fué la vida de Antonin Artaud.

Artaud se inicia en 1923, escribiendo versos laboriosos, imitados de los poetas simbolistas, que manda a Jacques Rivière, entonces un gran pontífice literario. Rivière los rechaza, pero esto origina una correspondencia muy interesante entre estos dos espíritus tan distintos. Rivière tiene la cabeza bien asentada y una profunda fe cristiana, pero se deja conmovir por la angustia agresiva de su interlocutor, en quien se presiente ya un irreprimible desorden mental. "Padezco una terrible enfermedad del espíritu escribe Artaud—. El pensamiento me abando-

na en todos los planos... Soy víctima de un derrumbe central del alma, de una especie de erosión, a la vez esencial y fugaz del pensamiento... ¿Se me quiere condenar a la nada con el pretexto de que sólo puedo dar fragmentos de mí mismo...? Sufro no sólo en el espíritu, sino en la carne y el alma de todos los días. Esa inaplicación del objeto, que caracteriza a toda la literatura, es en mí una inaplicación a la vida. Puedo decir, realmente, que no estoy en el mundo, y esto no es en mí un gesto espiritual... Mis debilidades tienen raíces vivas, raíces de angustia que llegan al corazón de la vida, pero que no poseen la confusión de la vida, y en las cuales no se percibe ese hálito cósmico de un alma sacudida en sus fundamentos mismos. Pertenecen a un espíritu que es incapaz de pensar su debilidad, pues si fuera capaz la expresaría con palabras densas y operantes"

La desesperación de un espíritu que se siente a la vez lleno de luces maravillosas y de desequilibrio, que lucha vanamente por encontrar su plataforma, esa especie particular de desesperación, que formará la sustancia de los escritos de Artaud, está ya completa en sus primeros esbozos.

Jacques Rivière procura fraternalmente ayudarlo y alentarlo. "Me parece —escribe Rivière— que esa *erosión* mental, que esos estragos interiores, que esa *destrucción del pensamiento* que se presentan en el espíritu de usted, no tienen otra cau-

sa que la excesiva libertad que usted mismo les concede... El único remedio contra la locura es la inocencia de los hechos”.

En otra carta le dice: “Sin embargo: ¿es verdad que no tengo ningún medio de llegar a comprender sus tormentos? Usted dice que “un hombre sólo se posee a sí mismo por claros repentinos, y que hasta cuando se posee, no se alcanza completamente”. Ese hombre es usted; pero yo puedo decirle que también lo soy yo. No conozco nada que se parezca a sus “tornados”, ni a esa voluntad perversa que “ataca al alma desde fuera”, y a sus poderes de expresión. Pero, aunque sea más general y menos dolorosa, la sensación que tengo a veces de mi inferioridad ante mí mismo no es por eso menos clara... El que no conoce la depresión, el que nunca ha sentido a su alma atacada por el cuerpo, invadida por la debilidad, es incapaz de percibir ninguna verdad en el hombre... Sin duda la salud es el único ideal admisible, pero cuando existe en un ser desde el principio, le oculta la mitad del mundo”.

La existencia de Antonin Artaud ya no será otra cosa que una lucha permanente contra el naufragio de su razón, una batalla incesante para conservar, para dejar constancia escrita de las iluminaciones que su pensamiento, por fugaces instantes, le deja entrever. Verdadero mártir intelectual, más doloroso que el héroe de la fábula, que se dejaba devorar en vida, Artaud sabía que él

tenía cosas que decir, que era necesario que esas cosas fueran dichas, pero no tenía la fe ciega y tranquilizadora del poeta que se entrega a la fluencia de las palabras. Y luchaba para apresar en sus orígenes un pensamiento que continuamente se le escapaba. “No se trata —dice en 1928, en *L'Ombilic des Limbes*— de lograr que el pensamiento dé pasos en falso o se desborde. Lo esencial es que se produzca, que se encienda, aunque sus fuegos no sean cuerdos... Los que se quejan de las insuficiencias del pensamiento humano —añade— confunden y ponen en el mismo plano erróneo a estados perfectamente diferenciados del pensamiento y de la forma, de los cuales el más bajo ya no consiste más que en palabras, mientras que el más alto es espíritu”.

Después describe, en términos conmovedores que no excluyen una extrema precisión clínica, el carácter de su angustia: “Hay una angustia ácida y turbulenta, penetrante como un estilete, y que al quebrantarnos tiene el peso de la tierra, una angustia relampagueante, marcada por abismos, apretados unos junto a los otros, como chinches, como una especie de gusanos endurecidos, que tuvieran todos sus movimientos fijados, una angustia en que el espíritu se estrangula y se cercena a sí mismo, se mata... Es una *congelación* de la médula, una ausencia de fuego mental, una carencia de la circulación de la vida... Hablo de una ausencia de abismo negro, de una

especie de sufrimiento frío y sin imágenes, sin sentimiento, y que es como un indescriptible golpe de abortos”.

En 1927 los *Cahiers du Sud* publicaron su primer texto importante, *Le Pése Nerfs*. Estos fragmentos de un diario infernal nos describen torturas morales de una intesidad tan intolerable que Baudelaire y Kafka parecen haber gozado, en comparación, de una especie de apacible dicha. El autor está en ese estado particular al cual lleva una angustia generalizada. Pareciera que cada músculo, cada víscera, piensa por su cuenta. El hombre se convierte en una madeja de almas, y cada una de ellas quiere encontrar remedio a su mal, organizar su destino. Ya no se es el dueño de sí mismo, sino una profusión de seres en los cuales el yo busca inútilmente refugio. Así es que, para Artaud, la cómoda distinción entre alma y cuerpo ya no existe más. Todo él es *alma*, o *cuerpo*, como queráis. La carne y el espíritu forman una unidad y éstase recrea por la asociación de pánicos particulares. “Todas las cosas me alcanzan, —escribe Artaud— en la medida en que afectan mi carne, que coinciden con ella, en el punto mismo en que la agitan, no más allá. Sólo me conmueve, sólo me interesa lo que se dirige *directamente* a mi carne... Cuando el alma se sustrae a la lengua o la lengua se sustrae al espíritu, y esta ruptura marca en las llanuras de los sentidos una es-

pecie de gran surco de desesperación y de sangre, entonces se produce el gran dolor que corroe no la corteza ni la estructura, sino la substancia de los cuerpos”.

Desde el fondo de estas tinieblas (y tal vez esté aquí la lección de esta interminable agonía) Artaud queda convencido de la verdad, de la utilidad de su vocación, y se enfurece de no poder realizarla. “La vida seguirá —dice en *Le Pése Nerfs*— los acontecimientos se sucederán, los conflictos espirituales se resolverán y yo no participaré en ellos. No tengo nada que esperar ni del lado físico ni del lado moral. Para mí es éste el dolor perpetuo de la sombra, la noche del alma, y no tengo una voz para gritar... He elegido el reino del dolor y de la sombra como otros han elegido el de la irradiación y la acumulación de la materia. Yo no trabajo en la extensión de un reino determinado. Trabajo en la duración única”.

*L'Art et la Mort*, publicado en 1929, se compone de textos a la vez fragmentarios y acabados, en los cuales a veces tenemos la impresión de alcanzar al fondo del ser. Son realmente esos *golpes de sonda* que Rimbaud aconsejaba practicar en lo inconsciente. Encontramos aquí una meditación inolvidable sobre la muerte, en que las angustias del *gran paso* se describen con tal minuciosidad que creemos escuchar a un resucitado. ¿Acaso la vida de Artaud no estaba hecha de muertes sucesivas?

En 1925 se vincula al surrealismo, pero se aparta de este movimiento después de unos meses. "Tengo demasiado desprecio por la vida —de clara— para creer que un cambio que se produjera dentro del cuadro de las apariencias pueda cambiar en algo mi destestable condición". A sus ojos el surrealismo, demasiado preocupado por ampliar los apoyos que tiene el hombre en el universo, ha perdido de vista que habría que contribuir a provocar "el desplazamiento del centro espiritual del mundo, el desnivelamiento de las apariencias, la transfiguración de lo posible".

A fin de quebrar ese semisilencio al cual lo forzaba su desorden mental, Artaud intenta acercarse al cine y al teatro. Escribe argumentos, desempeña papeles importantes en el *Napoleón* de Abel Gance y la *Juana de Arco* de Dreyer. También trabaja con Charles Dullin y en 1937 pone en escena e interpreta él mismo *Los Cenci*, obra llena de crueldad lírica y de situaciones dramáticas extremadas.

Lo conocimos en esos años. Sólo salía al atardecer, bajo los efectos del opio, con la mirada perdida, andrajoso, presentando todos los rasgos de una profunda decadencia física y moral. Se arrastraba por las terrazas de los cafés de Montparnasse y después bordeaba interminablemente los muros del cementerio próximo, declamando frases incomprensibles. Lo seguíamos a lo lejos, apenados y apiadados. "Mi lucidez es completa —escribía entonces a su

médico— más aguda que nunca: lo que me falta es un objeto al cual poder aplicarla, la sustancia interior... Esto va de mal en peor. Mis tormentos son indescriptibles. Llego a preguntarme si no me veré obligado, muy pronto, a dejar todo e ir a encerrarme en alguna parte".

En 1938 Artaud *deja todo*. Lo encierran en el manicomio de Rodez y conoce el infierno de las camisas de fuerza y los shocks eléctricos. Allí estuvo nueve años. Cediendo a la presión de los medios literarios, la administración lo pone en libertad en 1946. Pero es un muerto viviente. Todavía puede proferir unos hermosos gritos, publica sus *Lettres de Rodez* y un admirable ensayo sobre Van Gogh, su hermano más próximo, el *suicidio de la sociedad*. Pero estos escritos de sus últimos días nos conmueven menos profundamente. Artaud parece estar ya *del otro lado del espejo*, donde la comunicación se vuelve muy difícil.

Algunos críticos muy penetrantes comentan la importancia de estos mensajes y descubren un sentido esotérico en el *maleficio colectivo*, del cual Artaud, en sus últimos escritos, pretende ser víctima. Ya sabemos que los psiquiatras —esos maniáticos— hablan al respecto, con más desenfado, de una *manía persecutoria*.

Pero nosotros continuamos admirando, respetando ( y temiendo) esta primera parte de una obra en que se expresa un hombre a quien han

arrojado vivo a las tinieblas de la muerte. Antonin Artaud murió en el hospital de Ivry el 4 de marzo de 1948. "Durante toda su vida —escribió su amigo Arthur Adamov— fué una víctima voluntaria y singularmente acorralada del drama corriente y común a todos los hombres". Pero esta víctima tuvo el valor de

luchar a fin de dar una forma de comunicación a los fragmentos de verdad extraídos de las profundidades. Su voz empieza a hacerse oír. En pocos años se habrá vuelto fraternal y tendrá un tono familiar para todos.

FELIX GATTEGNO.